

## Marineros

■ Cuando era niño solía ir a unas extrañas tertulias en casa de una tía solterona. Allí se "hacía arte", esto es, se tocaba el piano, se cantaba alguna romanza y, sobre todo, se recitaba.

Siempre me intrigó que en esos poemas románticamente recitados hubiese unos personajes que aparecieran continuamente, poniendo una nota de emoción en los versos de los recitadores: los marineros.

Recuerdo a mi tía, declamando unos versos de María Monvel:

Quando los veo venir  
blancos, erguidos, ligeros,  
quisiera ser un momento  
la novia de un marinero...

Y, también, tengo presentes los estremecimientos que se producían entre la concurrencia femenina, cuando un caballero con intencionada voz recitaba a Neruda:

... amo el amor de los marineros  
que besan y se van.

No faltaba tampoco el declamador aficionado que recordaba, en las palabras del poeta peruano Parra del Riego, a un legendario Capitán Slukin cuya imagen principiaba evocando con estos versos:

"¿Por qué hoy te has apoderado  
/de mi alma, Capitán?"

Esas lecciones vivas y en directo, como se diría hoy, impresionaron mi alma de niño y me convencieron que los marineros eran quienes ejercían la actividad más romántica que se podía emprender.

Después, en el colegio, conocería la historia de otro marino griego llamado Ulises, cuya mujer, Penélope, lo esperó con santa paciencia y logró disuadir a sus pretendientes que le insinuaban que si Ulises tardaba tanto era, de seguro, porque su barco había zozobrado. Penélope les aseguraba que se casaría nuevamente una vez que terminara un tejido que hacía en el día y deshacía en la noche y, así, pudo esperar a su romántico marino y tener la alegría del reencuentro.

Las lecturas extraescolares, también estaban pobladas de marineros. Piratas feroces o corsarios heroicos en las nove-

las de Salgari o capitanes mercantes que en destartaladas naves recorrían las exóticas islas de los mares del sur, en los cuentos de Conrad.

Esos marineros que hacían suspirar emocionadas a señoritas románticas, que producían hondas evocaciones en caballeros sensibles y que despertaban la imaginación aventurera del niño y el adolescente, de repente desaparecieron de la literatura. Los poetas ya no les cantan, los novelistas no se preocupan de ellos y si alguna vez aparece la palabra pirata en un diario o revista, es para agregarle el adjetivo de aéreo o terrestre. Los piratas de verdad, a secas, también desaparecieron.

Supongo que el fenómeno es resultado de la popularización de la aviación comercial y el consecuente decaimiento del barco de pasajeros. Pero si así fuera, ¿por qué los aviadores no han reemplazado a los marinos en la inspiración de los poetas? ¿Por qué la aventura no se encarna literariamente en la tripulación de un avión como antes se encarnaba en la de un barco? ¿Acaso los aviadores no besan y se van?

Al parecer, es un problema de velocidad, de tiempo. El marinero se embarcaba y se perdía por meses de sus amigos, sus conocidos, su familia, mientras ellos lo añoraban en tierra firme e iban tejiendo románticas aventuras que le suponían. En cambio, un aviador va de América a Europa y está de regreso al día siguiente. Y si su nave aérea falla y se cae, no hay más que contar, mientras que el barco naufragaba y en ese naufragio todo podía suceder, hasta navegar en una balsa hacia una isla desierta donde nativas de pechos desnudos lo reconfortaran y mimaran.

Esas tertulias de mi niñez en casa de la tía solterona, no se repiten en nuestros días y la razón tal vez sea, no porque la gente de hoy sea menos romántica y menos sensible, sino porque los marineros de hoy no son como los de ayer.

Después de todo hoy, cualquiera, sin haber divisado el mar siquiera, besa y se va.

PARTIQUINO